

Relato, memoria y representación

Vania Markarian

Este artículo surge de la difícil tarea de escribir lo que se ha dicho, del intento de meditar sobre lo expuesto oralmente. Hay una razón adicional para poner entre comillas o entre paréntesis los párrafos que siguen. Allí se busca dar forma a algunas reflexiones desordenadas nacidas a lo largo del período de trabajo conjunto con Isabela Cosse. Este artículo pretende transmitir parte de un diálogo mantenido durante nuestra experiencia de investigación en equipo. Así debe ser leído.

I. Relato

“Relato” fue el rótulo de una de las mesas del encuentro sobre “Historia y psicoanálisis” promovido por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. “Relato” es una palabra utilizada en el lenguaje cotidiano sin necesidad de recurrir al diccionario. “Relato” es también un concepto polisémico, empleado por varias disciplinas con sentidos más o menos precisos. El psicoanálisis y la Historia, pero también la crítica literaria, la antropología y otras ramas del análisis social y humano, usan esta palabra para referir a sus campos de estudio o a los productos de sus indagaciones. En sus usos más generalizados esta expresión evoca un componente de acción o de drama, la consecuente idea de diacronía y la de comunicación de conocimiento o transmisión de una experiencia.¹

La Historia (como disciplina) supone una necesaria ruptura temporal entre el presente de su práctica y el pasado abordado, esencial a cualquier definición de su campo de estudio.² La realidad que analizan los historiadores no es accesible sino mediante textos, documentos y discursos del pasado. Esto plantea una interrogante epistemológica acerca de la relación de la Historia con “lo real” y conlleva una reflexión metodológica sobre el valor de las fuentes y documentos. También puede discutirse acerca del “efecto de realidad” producido por la reconstrucción narrativa del acontecer histórico.³ A su vez, la conciencia sobre las complejas relaciones con otros abordajes del pasado es un fenómeno relativamente reciente, estrechamente vinculado a un proceso más amplio de revisión de la disciplina. En ese marco, es ciertamente interesante plantear los usos de la noción de “relato” desde la Historia.⁴

Este artículo no pretende abordar ese vasto campo. Se propone simplemente plantear algunas preguntas que surgieron durante una experiencia concreta de investigación,

-
1. Estas ideas aparecen tanto en las definiciones de “relato” desde las ciencias del lenguaje (Cfr., por ejemplo, Ducrot, Oswald-Todorov, Tzvetan: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo XXI, 1995), como en otros análisis del “relato histórico” (Cfr. Ricoeur, Paul: *Tiempo y narración. Volumen I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995).
 2. Cfr. De Certau, Michel: *Historia y Psicoanálisis*, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 78.
 3. En este asunto se han centrado las polémicas acerca del “giro lingüístico” producidas en el campo de la historia social. Cfr., por ejemplo, las revistas *Past and Present* (Nos. 133 y 135, Oxford University Press, 1991-1992) y *Social History* (Vols. 19 y 20, Routledge, 1994-1995). Cfr. también White, Hayden: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.
 4. Temas como la crisis de los relatos e interpretaciones globales, la permanente ampliación del campo de estudio y la creciente reflexión sobre el oficio y su proyección social ocuparon la participación de José Pedro Barrán y Gerardo Caetano en la introducción a las jornadas.

plasmada básicamente en dos libros.⁵ Esa experiencia estuvo centrada en el interés por la relación de la sociedad con el pasado, por su papel en la conformación de las nociones identitarias y por el lugar de la Historia en esos procesos.

2. Itinerarios I: las memorias de la historia

En la investigación que dio origen a “Memorias de la historia” el interés central era la memoria colectiva, los “relatos del pasado” compartidos por un grupo.⁶ En un principio, la intención era investigar el peso de una corriente historiográfica –el revisionismo histórico uruguayo– en la elaboración de las concepciones sociales sobre la historia. Se pretendía aislar influencias y desentrañar interpretaciones, analizando la incidencia de las versiones emanadas desde diferentes ámbitos de la sociedad. Esos objetivos primarios condicionaron la perspectiva metodológica y los ejes temáticos del trabajo.

Desde esos intereses, se buscó conocer las creencias, recuerdos y opiniones que sobre el pasado tenían los miembros del colectivo nacional. Esta búsqueda se fundaba en la definición de E. Hobsbawm de las naciones como “fenómenos duales, construidos esencialmente desde arriba, pero que no pueden entenderse a menos que se analicen también desde abajo, esto es, en términos de los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses de las personas normales y corrientes [...]”.⁷ Una aproximación “desde abajo” planteaba desafíos teóricos y metodológicos. El tema fue abordado mediante técnicas utilizadas generalmente desde la sociología (en “estudios de opinión”) y escasamente empleados en la investigación histórica. El trabajo tuvo, entonces, un carácter netamente exploratorio, realizando un abordaje de técnicas combinadas: varias entrevistas colectivas y una encuesta aplicada a un segmento de la población montevideana.

Una primer observación derivada del trabajo de campo fue la imposibilidad de responder a los interrogantes originales. Era sumamente difícil aislar influencias entre la multiplicidad de nutrientes de las “lecturas colectivas” del pasado nacional. Aunque podía reconocerse el rol preponderante del Estado a través del sistema educativo, también se notaba la participación decisiva de los partidos políticos, la familia y otros actores sociales. De hecho, no resultaba fácil explicar el intrincado proceso de elaboración de las referencias históricas compartidas.

En ese proceso de construcción de la memoria del grupo, la interrelación entre la peripetia personal y la historia colectiva aparecía como un factor esencial. La esencial subjetividad del tiempo histórico se unía a una falta de “coherencia global” de las explicaciones del pasado: superposición de explicaciones, relatos y sensaciones más o menos parciales, “fragmentación” del pasado recordado o interiorizado, aceptación de versiones contrapuestas, coexistencia de interpretaciones académicas y políticas con mitos, símbolos y emociones. Ninguna de estas ideas resultó una conclusión original del trabajo: casi todo lo plantea Fierre Nora en un pequeño artículo donde distingue “memoria colectiva” y “memoria histórica”, prefigurando sus “lugares de la memoria”.⁸ Sin embargo, sólo la experiencia de investigación condujo a problematizar el estudio de la relación social con la historia.

5. Cosse, Isabela; Markarian, Vania: *Memorias de la historia. Una aproximación al estudio de la conciencia histórica nacional*, Montevideo, Trilce, 1994; 1975: *Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*, Montevideo, Trilce, 1996.

6. Esta investigación surgió el marco del seminario de Historia de la Historiografía dirigido por el profesor Carlos Zubillaga (Licenciatura en Ciencias Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación).

7. Hobsbawm, Eric: *Naciones y Nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 18-19.

8. Nora, Fierre: “Memoria colectiva”, pp. 455-459, en Le Goff, Jacques-Chartier, Roger-Revel, Jacques: *La nueva historia* en Diccionarios del Saber Moderno, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1988.

La investigación cambió la propia idea de “relatos del pasado” que había llevado a proponerse “destejer” la trama de la memoria. En esa trama, la narración del pasado y la esquematización de sus procesos aparecían subordinadas a la importancia radical del presente: a la búsqueda de verosimilitud, al encuentro de un fundamento para el mundo conocido. Resultaba claro que todo recuerdo de una experiencia no vivida suponía alguna modalidad de comunicación intergeneracional. Cabía preguntarse, entonces, por el conocimiento transmitido, indagando hasta qué punto la memoria del grupo se componía de “relatos del pasado”. Algunas respuestas surgieron de una mirada hacia la relación con los distintos tramos de la historia nacional. Al analizar estas relaciones, se hizo notorio que no todas las “zonas de la memoria” reconstruían el pasado en los sentidos más usuales de la idea de relato, antes referidos.

Las primeras décadas del siglo XIX, por ejemplo, eran comprendidas en un episodio heroico, cargado de acción. Este “período independentista” podía narrarse o explicarse en el tiempo: personajes, hitos y relaciones causales permitían visualizar las peripecias de Artigas, sus apoyos y enemigos, sus vinculaciones con la Cruzada Libertadora y su influencia en la gesta del nuevo país. El artiguismo se veía como la “primera fundación” del “nosotros nacional”, desde una mirada fuertemente influida por las lecturas provenientes del sistema educativo, aunque matizada también por las adhesiones y características de cada individuo. El resto del siglo XIX, en cambio, resultaba brumoso: no se podía contar lo que había sucedido, no surgían nombres propios ni acontecimientos, sino difusas imágenes e impresiones de desorden y enfrentamiento. Luego aparecía la “segunda fundación”, un período claro en su significado y confuso en su datación y denominaciones, imantado por la poderosa figura de Batlle. También en ese tramo resultaba difícil señalar sucesos y realizaciones, pero se lo vinculaba inequívocamente a la “modernización” y a sensaciones de bienestar y prosperidad. Estas apreciaciones eran fuertemente teñidas por las adhesiones políticas de los entrevistados, aunque se fundaban en un cierto consenso positivo sostenido sobre la transmisión oral de las generaciones.

Este ejercicio podía continuarse con otros períodos, desde los “orígenes” indígenas hasta la última dictadura, buscando la eficacia de la idea de relato para estudiar los diferentes tramos de la memoria. De hecho, el libro enunciaba y eludía simultáneamente un tema central para avanzar en ese sentido. La introducción intentaba proponer un marco sobre la construcción social de la relación con el pasado. Ese enfoque afirmaba fundamentalmente la idea de la múltiple interacción entre los más diversos sectores y actores sociales. Al mismo tiempo, reconocía sus posibilidades desiguales, no sólo para imponer sus opiniones e interpretaciones, sino para determinar los términos en que se procesan sus concordancias y enfrentamientos. El tema enunciado y eludido era el sentido del pasado desde el presente de la memoria o, más precisamente, la relación entre presente y pasado en la reconstrucción social de la historia.

3. Itinerarios II: el Año de la Orientalidad

La comprensión de esos procesos alentó también la realización de la investigación en que se basó “1975: Año de la Orientalidad”.⁹ La preocupación fue entonces la vinculación entre historia y política y, específicamente, entre el gobierno dictatorial y la memoria social. Volvía a expresarse el interés por la influencia de los ámbitos dedicados al saber sobre el pasado en la relación del grupo con su historia. Pero se

9. Esta investigación surgió el marco del curso de Historia del Uruguay III y del seminario sobre “Historiografía uruguaya del medio siglo (1940-1990)” a cargo de los profesores Esther Ruiz y Carlos Zubillaga, respectivamente (Licenciatura en Ciencias Históricas, FHCE).

expresaba en forma diferente. Ya no se trataba analizar las variadas ideas, sentimientos y relatos sobre el pasado nacional que había en la gente. La inquietud se centraba en un ámbito específico y esencial de producción de lecturas del pasado, en el Estado y sus redes de promoción de la relación de la colectividad con su historia.

El interés era lo que había sucedido en ese sentido durante la dictadura. Es decir, cómo había actuado el gobierno autoritario con respecto a la historia nacional, qué versiones del pasado había alentado y cuáles negado, cuáles habían sido las “voces autorizadas”, qué había de innovación y cuánto de tradición en su mirada histórica. Al estudiar las conmemoraciones del “Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825” se abordó una modalidad muy particular de relación con el pasado: la celebración. Las lecturas históricas estudiadas tenían, entonces, dos rasgos distintivos esenciales: eran producidas o promovidas desde el poder y se consagraban a la celebración del pasado.

El primer camino para estudiar estos temas señalaba los discursos oficiales de los actos patrióticos: relatos articulados que “cuentan lo que sucedió” y lo enaltecen, proyectando determinada interpretación global del pasado nacional e, incluso, del curso de la historia. Pero había una serie de caminos no tan asequibles pero de igual relevancia: la gran parafernalia de acciones conmemorativas que el Estado, pero también la sociedad civil, suelen desplegar durante hitos de conmemoración histórica como 1975.

La pregunta era, entonces, hasta qué punto todas estas celebraciones descansaban sobre la misma lectura del pasado. En este sentido, era notoria la imbricación de versiones de larga duración con otras de implantación mucho más reciente, directamente ligadas al período autoritario. Al mismo tiempo, se reconocía la fuerza de una interpretación más que tradicional de la historia nacional, la versión “independentista clásica”, que había insuflado las conmemoraciones oficiales desde principios de siglo.¹⁰ Esta interpretación del pasado podía rastrearse, con diferentes matices, enfoques y grados de rigor “científico” en casi todos los discursos oficiales, los libros especializados, los museos, los monumentos y demás hechos conmemorativos del “Año de la Orientalidad”. Allí se proponía un relato del pasado nacional que, en una esquematización grosera, afirmaba más o menos lo siguiente: Nuestra nacionalidad vive como germen *en* lo más profundo de la historia y despierta con la gesta artiguista para consagrarse con la Cruzada Libertadora de 1825 y la sanción constitucional de 1830, sin desvíos, sin influencias externas, sin más protagonistas que los orientales, sus líderes y sus deseos de ser independientes.

Ese relato ofrecía al gobierno dictatorial una lectura cerrada y unívoca de la historia y orígenes nacionales, enraizada en las tradiciones celebratorias más antiguas del Estado uruguayo. Brindaba, además, un fuerte contenido dramático, central en cualquier operación oficial celebratoria del pasado. Parecía, entonces, que la adopción de esta versión en las celebraciones de 1975 podía analizarse desde los sentidos más comúnmente asociados a la noción de relato: acción y dramatismo, diacronía y comunicación de conocimientos o experiencias. Esto no significaba que la parafernalia conmemorativa de la dictadura y la propia “tesis independentista clásica” no contuvieran una carga importante de imágenes, sentimientos e interpretaciones. Todo lo contrario: su fuerza persuasiva se fundaba en la integración de un intenso componente emotivo y simbólico en un relato articulado del pasado nacional.

4. Memoria y representación

El concepto de “relato” permite analizar el itinerario de investigación dibujado por los dos libros ya citados. Más precisamente, la idea primaria de “relatos del pasado” perfila

10. Cfr. Real de Azúa, Carlos: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca, 1990.

un aspecto de la memoria social estudiado en la segunda investigación. La indagación en las acciones celebratorias de la dictadura muestra el esfuerzo por difundir un determinado relato de la historia nacional. La relación de los miembros del colectivo nacional con la historia, por su parte, parece requerir un abordaje en términos de lo que R. Chartier llama “representaciones colectivas del mundo social”: las “formas a través de las cuales las comunidades, partiendo de sus diferencias sociales y culturales, perciben y comprenden su sociedad y su propia historia”.¹¹ Este enfoque resulta ciertamente útil para analizar las múltiples formas de la memoria, para entenderlas como expresiones de las diversas adscripciones e identidades sociales de los individuos, incluso en el marco de una cultura nacional.

Al abordar el amplio marco temático de la memoria social, el concepto de “relato” revela una eficacia desigual, según la perspectiva asumida. Al mirar “desde abajo”, este concepto parece insuficiente: no admite la multiplicidad de formas que adquiere el pasado nacional en las personas entrevistadas. Al estudiar las acciones del Estado y sus redes de promoción de la relación social con la historia, en cambio, resulta un concepto analíticamente eficaz y sugerente.

Resumen

La autora parte de una definición usual de “relato” para preguntarse por el empleo de este concepto en el estudio de la memoria social. Examina su eficacia analítica en dos investigaciones sobre él tenía realizadas desde perspectivas diferentes. Al mirar “desde abajo”, sostiene, el concepto resulta insuficiente: no contempla la multiplicidad de formas que adquiere el pasado para los miembros del colectivo nacional. Al estudiar las acciones del Estado y sus redes de promoción de la relación social con la historia, afirma en cambio, parece una idea analíticamente eficaz y sugerente.

Summary

The author starts from a usual definition of “tale” to ask herself about the use of this concept in the study of social memory. She examines her analytic efficacy in two investigations on this theme done from different perspectives. Looking “from below” she supports, that the concept is in-sufficient: she doesn’t contemplate the multiplicity of forms which the past acquires for the members of the national collective. On the contrary, when studying the State actions and its nets of promotion of the social relation with history, she sustains that it seems like an analytically efficacious and suggestive idea.

Descriptores: HISTORIA / MEMORIA

11. Chartier, Roger: *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 21.